

# Geografía e historia

Por Antonio Muñoz Molina, El País. Año 2005

En la radio, un periodista israelí de voz templada y opiniones nada belicosas se queja de que en los mapas de los libros de geografía que estudian los niños palestinos no aparece Israel. Un palestino llama enseguida para asegurar que su tierra no existe tampoco en los mapas de las escuelas israelíes. En los libros de texto egipcios, continúa el periodista israelí, a los judíos se les representa según las caricaturas inmemoriales del antisemitismo, individuos codiciosos de nariz larga y hombros encorvados. La arqueología resulta ser también un apéndice de las estrategias militares, de los proyectos políticos: los arqueólogos palestinos excavan testimonios de la milenaria presencia de sus antepasados en aquellas tierras, y acusan a los arqueólogos israelíes de borrarlas cuando se topan con sus rastros, empeñados ellos mismos en la búsqueda de reliquias judías. Las guerras no se hacen sólo con armas de fuego, con pedradas y gritos: se preparan en las escuelas, se siembran en los libros de texto, en los mapas y en los manuales de historia y en los estudios más eruditos de la arqueología, de modo que un crimen de ahora mismo puede encontrar su justificación en una ruina de hace cuatro mil años, igual que los genocidas serbios justifican sus matanzas en virtud de una batalla perdida en el siglo XTV. Un mapa siempre tiene mucho de quimera, pero las líneas que los cartógrafos dibujan sobre una lámina acaban convirtiéndose muchas veces en heridas abiertas que no dejan de sangrar, caen como rayos de desgracia en territorios donde no existía ninguna división visible.

Habría que tener mucho cuidado con los mapas que se cuelgan en las escuelas, junto a la pizarra de las cuentas y la caligrafía. Igual que el cura y el barbero de Cervantes examinaron rigurosamente los libros que

contenía la biblioteca de su vecino Alonso Quijano, queriendo dilucidar cuáles entre ellos le habían arrastrado a la enajenación, sería preciso, mucho antes de que reviente el absceso del odio político, averiguar qué cuentan los manuales de historia -o de conocimiento del Medio, como dicen ahora- y qué colores y qué líneas, qué nombres se inscriben en los mapas. Una mañana, en 1921, en El Cairo, cuando era secretario colonial, Winston Churchill dibujó dos países imaginarios que llegaron a existir algún tiempo más tarde:

Jordania e Irak. Las consecuencias de un acto tan simple resultan vertiginosas de tan innumerables, si uno se para a pensarlo. En los libros escolares de las

taifas autonómicas españolas, el espacio minucioso del territorio que se considera propio suele estar rodeado por una amplitud vacía, como los espacios en blanco que había en el siglo XIX en los mapas del centro de África. En algunos de ellos, los de patriotismo más belicoso, el mapa legal se agranda con las regiones fantásticas que se aspira a conquistar, o de las que se asegura que pertenecieron a la nación autóctona en su sagrada y remota antigüedad. Dice George Steiner que cuando en el lenguaje humano se llegó al tiempo futuro de los verbos ese hallazgo gramatical trajo consigo, o reveló plenamente, un cambio decisivo en la relación del hombre con el mundo, porque le permitió concebir como posible lo que aún no existía, intervenir en las cosas más allá de los actos del presente inmediato que hasta entonces

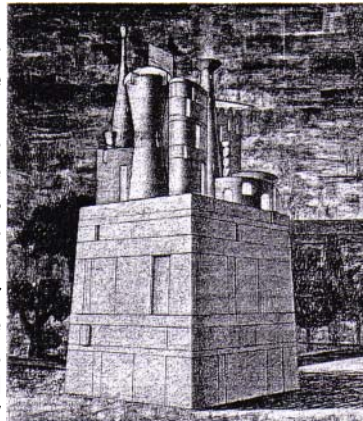
había compartido con los animales. Las guerras se preparan en las escuelas y se siembran en los textos y en los mapas.

Se empieza por dibujar un mapa en el que el país vecino no existe y ya se ha dado el primer paso para borrarlo del mundo. Los nazis alemanes eran muy partidarios de los mapas y de la arqueología: difuminando las fronteras de países existentes propagaban de antemano la mancha gangrenosa de sus conquistas guerreras, y los soldados que avanzaban sobre los países in-

vadidos se habían entrenado en los libros de geografía mucho antes que en el manejo de las armas o en el desprecio de las razas inferiores; no se subraya con la debida frecuencia que Heinrich Himmler, el jefe supremo de las SS, estaba tan interesado en las expediciones arqueológicas en busca de ruinas arias como en el establecimiento de campos de exterminio. En los escritos de Claudio Magris y en los de Marisa Madiere puede aprenderse el azote que los cambios

sucesivos de líneas geográficas fue para la gente que vivía entre las dos guerras mundiales es la esquina del Adriático donde está Trieste: un mapa puede ser tan mortífero como una epidemia, el capricho de un contorno menor puede arruinar vidas con la misma eficacia que la repetición de una palabra de odio. En estos tiempos tan oscuros se discute sobre el control de las armas químicas o bacteriológicas, sobre la pesadilla apocalíptica de las armas nucleares, pero se avanzaría considerablemente en la tarea

el mundo si se estableciese un acuerdo universal para el destierro de los mitos y el fomento de la lucidez y la racionalidad en los libros escolares de Geografía y de Historia. •



“Las guerras se preparan en las escuelas y se siembran en los textos y mapas”